

# EL CRISTIANISMO

Y

# LA REVOLUCION ESPAÑOLA

por

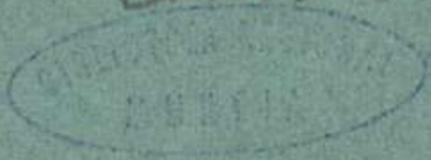
DON ANDRES DE SOL-AUN.

En los puntos de España donde el autor determine imprimirlo  
fija 5 céntimos de escudo como precio máximo de venta.

MURCIA : 1869.

—  
Imprenta y encuadernacion á c. de Sellés,  
Frenería, 28.

2354312



AMERICAN UNIVERSITY

LIBRARY OF THE UNIVERSITY

DNV  
22115

C B 1425617

T. L. 223294

212

La historia de todas las edades del Mundo nos presenta al hombre buscando una forma gubernamental perfecta ¡vano empeño de la imperfecta humanidad! se la ve girar siempre en el mismo círculo, cuyos dos polos son la anarquía ó el despotismo de uno ó de varios. Esa perfeccion no es dada al hombre, es atributo de Dios, y Dios apiadado de ver á sus criaturas infelices, sin serles dado encontrar por sí solos esa fórmula de ventura y concordia, descendió á la tierra, se hizo hombre, y murió para enseñársela. Pero el hombre ingrato por su soberbia ha ido separándose cada vez mas del cristianismo, dando ese nombre á idolatrías de sus malos instintos, y caminando en pos de ellas cada vez mas ciego, cada vez mas distante de la verdad, y por consiguiente mas desgraciado.

Ahora bien, el hombre pequeño y débil no puede obrar con seguridad, con conciencia tranquila en vida y en muerte, sin la certeza de observar la religion que cree verdadera. Lo mismo los católicos que los de otros cultos, cuando para hacer reformas tienen que desviarse, y aun oponerse á lo que en su ignorancia y barbarie no pueden menos de mirar como verdad, por mas que en realidad sea error é idolatría, temen en su interior el castigo futuro de sus actos, que por alucinacion imaginan ser impíos. Por mas que afecten despreocupacion y resolucion engañándose á sí mismos, esta fuerza ficticia no tiene solidez: el remordimiento, el arrepentimiento, la siguen de cerca, y la convierten en flaqueza y desistimiento de lo que con tanta violencia emprendieron contra todo su modo de ser.

Por el contrario los sostenedores de la idolatría, de la corrupcion y del vicio, fuertes con el ciego fanatismo que les impulsa á mantener el mal, creyendo firmemente que es el bien, son sólidos en su fuerza de accion: no dan entrada á un remordimiento ni arrepentimiento, que en las tinieblas en que se hallan su-

midos no tiene razon de ser; combaten por el error con el valor que da la conciencia de la fe falsa que profesan como verdadera; y en vano será vencer á muchos, otros tantos llenarán sus huecos, y los firmes campeones de la corrupcion y el oscurantismo jamas faltarán, jamas serán vencidos por medios materiales ni por la predicacion alucinadora de los hombres políticos: estos podran lograr brillantes y transitorios triunfos con fuerza moral siempre ficticia por muy justa que sea, y material momentánea; pero todas las víctimas que resulten de la lucha serán funesta calamidad de escaso fruto para el porvenir: el error, apoyado por la conciencia pública y por los intereses bastardos, se entronizará de nuevo mas ó menos pronto: asi ha sucedido sienpre y sucederá sin la especial direccion de Dios, porque el hombre pequeño y miserable cree en su soberbia poder lo imposible, nada menos que destruir con su sola fuerza humana el error de la humanidad. La revolucion española como todas las del Mundo, como obras del hombre, son impotentes por sí solas para la regeneracion religiosa y política que entraña en sí la regeneracion del hombre.

Como he dicho al principio Dios conociendo la causa del extravio é infelicidad de la pobre humanidad, como Padre amorosísimo tomó la envoltura de hombre carnal y se dejó inmolar para matar el pecado original de la soberbia: la serpiente infernal, herida de muerte por el Salvador, recibe calor y vida en el seno del mismo hombre á quien devora. Dios ha aproximado los pueblos del globo terrestre por medio de descubrimientos sucesivos, y al acercarse la tercera era de revelacion del Mundo, espera impasible que el hombre descubra en todo su brillo la luz que dejó para guiarle: esta luz es el cristianismo. Cuando esa luz divina se difunda, la humanidad que por su deseo innato de buscarla sigue el error, se separará de él y caminará á paso rápido hácia su regeneracion: desapareciendo las tinieblas que la envuelven, la conciencia del deber religioso y político inspirará á los reformadores una fuerza incontrastable, los fanáticos perderán la suya, porque caido el error no se podrá resistir el ver la luz, y la humanidad marchará progresando de generacion en generacion hasta la union y fraternidad, quedando los malévolos aislados, impotentes y despreciados, sin que la rabia de su

egoismo pueda turbar el bien general que Cristo dejó en semilla, para que á su tiempo fructificase.

Nada pues edificaremos sólido en reformas políticas sin que esa luz nos guie, y mi humilde voz va á dirigir vuestra vista hácia ella, con la seguridad de que es el único fanal que puede conducir al bien á España y al Mundo. El que este bien empiece á operar desde luego, ó sea retardado todavía por nuevos y terribles cataclismos sociales, dependerá de la voluntad mas ó menos firme y pura de los pueblos mismos.

Jesus habló en parábolas: algunas de ellas no ha querido que sean comprensibles todavía para la humanidad, otras llenas de figuras á propósito para hacer efecto en un pueblo grosero y carnal, han sido traducidas genuinamente por algunos pocos verdaderos santos á quienes Dios se lo permitió en los antiguos tiempos del cristianismo. Jesus en prevision divina del error humano dijo. «A nadie llamareis Padre vuestro sino al Padre celestial, á nadie Maestro sino al Cristo» porque hizo comprensible á la simple razon lo que de su doctrina debia ser comprensible, y lo demás lo envolvió en el misterio sin dar al hombre facultad de penetrarlo.

Dios no quiere el sacrificio excesivo, quiere el cariño constante, y las mortificaciones que torpemente se han comprendido en lo material, eran figura del refrenamiento y mortificacion de los malos instintos que nos alejan de la caridad, por consiguiente el cristianismo es una senda de fácil y posible virtud. Cuando los cristianos se desviaron de ella, cuando torcieron su rumbo dominados por la soberbia, la ira, la avaricia, la hipocresía y todas las malas pasiones que tanto reprendió el Señor á los escribas y fariseos, comenzaron á mezclarse los errores en las creencias y prácticas cristianas. Jesus habia dicho á sus apóstoles «donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» y los hombres sin comprender que para estar esos dos ó tres convenidos en Dios, es necesario tener dotes ganadas de pureza como los apóstoles y de otro modo no está Dios, se han congregado llevando cada uno su impureza y sus designios mundanos, y con sofismas teológicos han creado instituciones humanas, que en su ceguedad llaman divinas, contrarias á la moral de Cristo, y á nombre del Cordero de Dios,

que al morir exclamaba «Padre mio, perdónalos que no saben lo que se hacen» han lanzado anatemas y excomuniones, han tenido por enemigos de Dios á la mayoría de los hombres porque no profesan su mismo culto, y han afilado el hacha de los verdugos y encendido el fuego de las hogueras para esterminar sus cuerpos, declarando la condenacion de sus almas, por virtuosos que fueran, cuando Dios cubre á todas sus criaturas con el manto de su infinita Misericordia y Justicia. ¡Que obcecacion! ¡que miseria humana! pretende el hombre en su soberbia quitar al hombre el libre alvedrio que Dios le dió, intenta hacerse superior á Dios usando la violencia para ello, sin que le detenga el ejemplo del Dios hombre, que para propagar su doctrina divina no usaba otras armas que palabras y acciones de caridad. Con este ejemplo ni aun la disculpa tienen de la mala interpretacion que han dado á ciertas palabras del Señor que aludian á todos los malvados en general, y en su intolerancia han creido alusivas á los hombres de distintas formas religiosas; pero el error del hombre es consiguiente á su audacia de erigirse en maestro espiritual de una doctrina, cuyo solo Maestro es el Cristo. Sus Ministros de todas gerarquías como representantes en la Iglesia católica de Moisés, del hombre escogido é inspirado por Dios para regir al hombre en las instituciones religiosas, solo tienen poder para practicar esa doctrina sublime, y transmitirla con su ejemplo y palabras á la humanidad.

Los que se han sobrepuesto á sus sagradas funciones, los que han querido ser tanto como Dios se hallan sumidos en la reprobacion de los mismos vicios y defectos que Jesus reprendió detalladamente á los escribas y fariseos que le inmolaron, y lo peor para ellos es el no conocer su ceguedad, sobre la cual y los efectos perniciosos que su obstinacion en ella haya originado y origine al Mundo, solo Dios puede juzgarlos. Nosotros no debemos odiarlos por esas culpas, que con seguridad cometeríamos casi todos los que no somos Ministros del Altar, si lo fuésemos, pues los instintos que las producen son inherentes en el hombre: nos toca solamente compadecerlos porque así nos compadecemos á nosotros mismos, y lo único que en esta parte hay de rigorosa justicia es que admiremos y distingamos con sincero aprecio á aquellos sacerdotes que, en medio de los errores de los tiempos,

tienen la virtud acrisolada de practicar el genuino cristianismo. Pero á unos y á otros debemos respetarlos, no por lo que son, sino por lo que representan á Moisés en sus funciones sacerdotales.

¡Qué errores hemos sufrido los hombres en nuestra ignorancia! ¡Cuánta obcecación, cuánto fanatismo y pequeñez! El hombre ve en Dios la semejanza suya, y lo traduce por él. A Dios todo bondad, lo conoce iracundo: todo amor, rencoroso: todo mansedumbre, soberbio: y en fin le dá los atributos del hombre. Dios ha puesto en el corazón de cada una de sus criaturas, entendid bien esto, una gota de su gran fuente de amor: por esto todo hombre ama á su Creador, porque lo conoce al través de su pequeñez; pero el catolicismo, uno de los mas bellos holocaustos del Señor porque fué instituido por él mismo, ha llegado á ser por la soberbia de los católicos, un dogma de soberbia y venganza en lo exterior con referencia á sus demás hermanos.

El Señor habló de demonios y llamó Satanás, es decir Contrario, al espíritu tentador, porque se ajustaba al conocimiento del hombre de aquellos tiempos que conocían al espíritu malo bajo el nombre de demonio. Los católicos que vieron en el Génesis que los demonios son espíritus rebeldes anteriores al hombre de este planeta, han ideado ser una creación especial de eternos diablos que moran en un parage que es infierno, donde atormentarán las almas de los malos por toda la eternidad. Estos absurdos son fantasmas materiales del hombre sin ningun valor para Dios.

Moisés enseña al hombre á conocer que el hombre existía antes de ser formado este globo terrestre, y como Dios no pudo formar demonios, los que habia cuando la tierra no habia sido creada, eran lo que son hoy las almas de los réprobos que en ella han habitado, espíritus soberbios, que por su soberbia se han creído potentes y estan establecidos en el mal; y como propenden á tentar al hombre para que imite su maldad, porque Dios deja siempre al alma su libre alvedrio, y el hombre tambien se dirige por sí mismo y sin agena sugestion al mal, nos enseñó el Salvador á implorar de la Misericordia Divina que no nos dege caer en la tentación.

Hablando Jesus de la humana generacion, la compara á unos

muchachos sentados en la Plaza que gritan á sus iguales. «Os cantamos y no bailásteis, lloramos y no plañisteis.» Con esto Dios quiso demostrar al hombre su pequeñez, porque Dios sabía su soberbia, y sabía tambien que el hombre con los atributos que recibe de Dios se créese ser lo que no es, y Dios quiso probarle su ignorancia comparándolo con el niño.

Así es que de buena fé hemos creído que la inmensa creacion ha sido hecha por Dios exclusivamente para el puñado de hombres que habitamos este planeta, sin reparar que solamente la multitud de cuerpos celestes que descubrimos en la mínima parte de esa creacion que nuestra vista percibe en lontananza, convencería al mas rudo, si fuese menos soberbio, de la existencia de otros Mundos, de donde procedían los espíritus inmundos ó almas de hombres que purgan las culpas cometidas en Mundos anteriores al nuestro.

Jesús habló de la gehenna del fuego, suplicio hebreo, del infierno, del horno encendido, figuras materiales, con las que únicamente podía descender hasta la grosera comprension de las gentes para significar que los malvados sufrirían en la vida verdadera, que es la del alma, una expiacion proporcionada á sus culpas, cuyo principal tormento será el padecimiento de ver la felicidad de los buenos, y créerse privados eternamente de esa felicidad, lo cual es un sufrimiento tan amargo que no podemos concebirlo.

Amenazó el Señor tambien al malvado con el fuego eterno. Esta figura material significa el padecimiento espiritual de que antes he hablado, y es eterno con relacion al tiempo marcado por el hombre, que eternidades las conoce por un tiempo ilimitado; pero esto no nos dice que sea lo infinito. Dios dejaría de ser justo si hiciera seres infinitamente desgraciados, porque Dios es todo, Dios está en todo, y no puede estar en el mal, y como El no está no puede ser, y ademas está en Dios el que suceda, si sucede es El, y el no puede ser porque es Justo. Dios puede y hace que su criatura pase el crisol para llegar á El: para llegar es preciso pasar y por lo tanto el ser creado es ya justo cuando llega á su Creador. Esto explica que existen eternidades en lo finito; pero no en lo infinito, porque en lo finito el tiempo tiene límites, y estas son las eternidades contando mas allá de lo que el hombre

alcanza; pero en lo infinito no tiene el hombre eternidades propias suyas, si asi fuera dejaría de ser infinito el que es lo infinito que es Dios: por eso el alma desterrada por una eternidad relativa no está fuera de Dios, ni tampoco fuera de su Gracia

Dios ha dicho al hombre «Ya estas formado, pan te doy, yo de todo me cuido, te reservo una bienaventuranza donde has de descansar en mi seno; pero para que llegues á ella es preciso sufras las tentaciones del pecado, que pases por medio de él, y ¡feliz de ti si logras no mancharte, porque el término de tu carrera será cumplido antes! Para esto nos creó perfectos en dotes para adquirir el bien, nos dió los atributos, nos dejó el libre alvedrio del bien y del mal; pero despues en uno mismo está el seguir el verdadero camino ó el falso: los que mueren niños ó idiotas Dios se cuida del camino de sus almas de un modo que nosotros no podemos comprender. Los que desperdician todos los atributos que han recibido, y valiéndose del libre alvedrio de obrar se prevalen del mal, estos son despues que mueren los demonios ó condenados que vulgarmente se creen dos especies distintas; pero llegará dia que conocerán su error y volveran á Dios: todos, todos llegaremos hasta El, el Pastor no desperdiciará una oveja. No nos acongogémos: conozcamos á Dios infinitamente Bondadoso infinitamente Sabio, y dejaría de poseer todo lo infinito si creara seres completamente, no eternamente en absoluto desgraciados.

El cordero de Dios vino á redimirnos, y por eso en cada palabra, en cada hecho de su vida, nos dejó un consuelo, y tambien una leccion para evitar los padecimientos en la verdadera vida, que es la del alma despues que deja este cuerpo. Escogeré uno de esos pasages, la negacion de San Pedro: el Señor quiso enseñarnos con el hecho aludido del gran apóstol, como con cada uno de los pormenores de su vida y muerte.

San Pedro negó tres veces al Señor, el Señor apesar de su ausencia aparente por estar dentro de las paredes de una cárcel, lo miró desde su encierro, y San Pedro conoció su error, lloró, y fué perdonado. La negacion significa la influencia de la carne sobre el alma, porque San Pedro que era una alma escogida por Dios, fue tímido bajo la envoltura material del cuerpo humano. La mirada que el Señor dirigió á éste, nos dice patentemente que Dios nos ve sin cesar en todo lugar y en todos nuestros actos.

El llanto de San Pedro nos dice que debemos implorar y seremos perdonados, sea cual fuere nuestra culpa.

Dios creó principios, Moisés inspirado por Dios los interpretó en leyes escritas y formó el decálogo. Vino Cristo y confirmó con su palabra divina no solamente los principios, sino las leyes escritas: desde entonces pueden éstas llamarse con mayor propiedad mandamientos de la ley de Dios. Las conquistas hechas por la revolucion española son ajustadas á la moral cristiana.

La abolicion de la pena de muerte es de necesidad absoluta. Un mandamiento de la ley de Dios dice «No matarás» y no es permitido al hombre matar al hombre, es anteponerse á la órden de Dios. El homicida aislado como el congregado con otros, sean estos particulares ó compongan la entidad gobierno, tribunal ú otras, sea la que fuere la consideracion humana que los guie, son todos homicidas y responderán ante Dios del homicidio. Sufrirán mas ó menos prueba segun el grado de culpa que en ellos vea el que todo lo vé.

Por el solo raciocinio humano todos convienen hoy dia en que la pena de muerte impuesta á un hombre de circunstancias tales que su vida, si se le dejára, no seria un peligro para la sociedad, es un homicidio jurídico; pero pocos comprenden que tambien lo es imponerla al mayor malvado. Hay malvados empedernidos que por ferocidad han hecho víctimas á séres buenos: segun toda probabilidad humana, de dejarlos en la sociedad seria entregar esta á discrecion de su bárbara saña, y el encerrarlos para librarse de ellos no presenta seguridad evidente de que una revolucion, un acontecimiento impensado, no devuelva su libertad á esos mónstruos dañinos. Parece al hombre que, por motivos á su vista tan justificados, es no solo necesario sino laudable el imponer la pena de muerte; pero si es verdad que Dios permite ese hombre para castigo del hombre, dá al hombre la sabiduría para que en estos casos de ella se valga siempre. Cristo le dice enseña al que no sepa, compadece al desgraciado: pues bien, el hombre dispone de medios para librar á la sociedad de este hombre, dispone de consejos para hacer á este ser desgraciado conocer su maldad mas ó menos pronto: matarlo en este estado es doble mal, porque se puede antes

llevarle al bien. De tantos medios dispone el hombre sábio, que no puede admitirse la disculpa: todo se puede intentar; pero nunca, entendedlo bien, nunca matar.

No quiero decir en esto que el hombre no deba rechazar el mal que un bandido, ó uno que proceda como tal, intente hacerle á él ó á sus prógimos. Esto es evidente: cuando el agresor da tiempo á poderse evitar su daño, se debe procurar no llegue: si el ataque es brusco, no debe tampoco el hombre estar impasible. Dios ha dicho al hombre «Guárdate de tu enemigo,» en esto dispuso la defensa hácia el mal; y aunque el matar no es permitido, el hombre que mata á otro por la necesidad imperiosa de legítima defensa, le es dispensable.

Como la sociedad europea, valiéndome de una comparacion, apenas ha recibido todavía la primera educacion de la adolescencia para entrar en la correspondiente á la juventud de los pueblos, conserva tantos restos de la ignorancia de su edad infantil, que sus nociones sobre el punto de honor pudieran extraviar á mis lectores sobre lo que concierne á la defensa legítima, y debo decir algunas palabras en aclaracion.

Dios da al hombre su libre alvedrio para obrar, y á la vez le da la razon para conocer el instinto, para saber discernir el bien y el mal: le da el conocimiento de su Grandeza para hacerle comprender que es un mal oponerse á su direccion, porque no le ha dado facultades para ello: asi es que siempre que el hombre obra mal no lo hace sin conocimiento de causa, toda vez que sabe que Dios premia y castiga. Por esta razon no hay nada que disculpe el mal proceder: todas las causas de honor y de todo lo que creamos que podemos estar asistidos de razon para batirnos en duelo, no nos disculpan ante Dios. Los testigos que presencian un duelo son tan culpables ó mas que los egecutores, porque á esos les guia su ceguedad; pero al que asiste le lleva el instinto sanguinario y del mal. Con estas explicaciones no podrá nadie dudar si el duelo está comprendido ó no como causa de legítima defensa.

La libertad de cultos está en el libre alvedrio que Dios dió al hombre: tan anti cristianos, tan impíos son los católicos, como los mahometanos ó los judíos que la coarten. El hombre goza el atributo de adorar á Dios de la manera y con las formas que

exijan sus convicciones. Dios no egerce presion alguna sobre un punto que á El solo concierne, porque le son aceptables las formas de toda religion, y los medios de que el hombre se vale para dirigirse á su Creador, pues ve el deseo del que le suplica y no se fija en que no conozca otra forma mejor. En el progreso humano llegará dia en que todos conozcan la forma perfecta de adorarle, y la moralidad que conduce acia El; para eso sembró Cristo la semilla, cuya germinacion tanto se han obstinado los hombres en retardar con su intolerancia y con sus errores: pues bien, pretende el hombre en su soberbia hacerse mas que Dios egerciendo esa presion. Se teme en este pais católico que se nos catequice para el error con la persuasion y el egemplo, únicas armas que son permitidas porque lanzaríamos enérgicamente al que se valiese de otras atentatorias al libre alvedrio nuestro: ciertamente, si en vez del catolicismo instituido por Cristo profesamos y observamos errores y nos llamamos impropriamente católicos, corremos el grave riesgo de que los que hayan conservado un culto cualquiera en su pureza, nos catequicen; pero si seguimos el genuino catolicismo, el que dijo Cristo que por ser la verdad prevalecería contra el error, nosotros debemos catequizarlos á ellos; y si entre los cultos que ofrecen con mas desenfreno los bienes de este Mundo transitorio que alhagan los instintos groseros y carnales, y un culto de pureza, que si bien es de suave práctica y solo exige lo que la conciencia manda, impone hacer el bien y separarse del mal, hai católicos que en uso del libre alvedrio, que es atributo del hombre y que le permite pasar por las tentaciones del pecado, optan por el camino menos acertado, por el que mas goces materiales les presenta y menos probabilidades de felicidad en la verdadera vida, guiados por móviles de que darán cuenta al Todopoderoso; el que hagan buen ó mal uso del libre alvedrio que de El recibieron es una cuestion fuera de las facultades de la miserable humanidad, que no está llamada á fundar en ningun temor el oponer la menor resistencia á la libertad de cultos atributo del libre alvedrio del hombre, y solo con sus consejos puede ayudar el extraviado como deber caritativo.

La libertad de cultos me conduce necesariamente á tratar otras cuestiones cuya aclaracion se roza con el planteamiento de aquella.

Cristo dijo á sus apóstoles que no á todos es dado guardar castidad «Hay castrados, les dijo, que á sí mismos se castraron por amor del reino de los cielos. El que puede ser capaz, séalo.» Esto demuestra patentemente que será grata á Dios la virtud sublime del hombre ó de la mujer, que poseidos de amor hácia El y de caridad hácia sus prógimos, se absorvan de tal manera en estos sentimientos santos, que formen ellos su modo de ser y existir toda la vida, sin sentir la grosera y material necesidad de la carne que la induce á la propagacion. Pero como esa virtud es tan rara, es soberbia en el hombre prometerla á Dios con un voto solemne: el voto de virginidad y castidad no debe ser admitido, porque es contrario al orden de la naturaleza establecido por Dios.

La revolucion española ha llegado en este punto hasta el límite que es del resorte de la potestad civil: ha prohibido que las mujeres entren en adelante en los conventos de monjas, resolucion que en bien del órden universal debe ser sostenida. Los votos existentes de hombres y mujeres consagrados al culto de la Iglesia catòlica, son un hecho fuera de la competencia de la potestad civil, que en bien del mismo órden que he dicho debemos todos respetar. y que á mí me está vedado hasta ahora discutir, porque el único terreno de mi trabajo, para el cual, no obstante mi imperfeccion y pequeñez, la voluntad de Dios me concede en provecho de la humanidad sacar algunas centellas de luz de la fuente inagotable de sabiduría divina que encierra el evangelio de la vida de Jesus, ese terreno es exclusivamente circunscrito á la moralizacion social; y el de las instituciones religiosas de la Iglesia catòlica es totalmente extraño á mi competencia, y corresponde únicamente su discusion á los encargados de rejir esas instittuciones como representantes de Moisés: sé que el Pontífice de esa Iglesia convoca un concilio; solo me toca como á todos los católicos rogar á Dios fervientemente que á él concurren algunos varones insignes, cuyas dotes ganadas de pureza consigan que Dios esté con ellos, porque en ese caso harán que la luz se presente á la percepcion de sus colegas, para que en la resolucion de todas las cuestiones vean claramente con saludable terror el abismo insondable que media entre la soberbia, y la humildad divina del Mártir del Golgotha.

La Francia en su gran revolucion, pasó ese límite marcado por Dios entre el poder civil y el religioso: el desbordamiento no se hizo esperar, aquel desdichado pais llegó hasta el absurdo de vestir á una prostituta de diosa gentílica, adorando en ella el culto de la razon: de ahí á sumergirse en el error de los réprobos y pasar á la vida de las bestias no habia mas que un paso. Dios los salvó de darlo: pero aquella generacion sufrió duro castigo y la revolucion, no habiendo sido encauzada por los principios de la moral de Cristo, no pudo preservar á aquella nacion de volver al círculo invariable de las sociedades humanas, cuyos dos polos son la anarquía y el despotismo de uno ó de varios, círculo inevitable cuando la soberbia nos hace contar únicamente con nuestras propias fuerzas humanas para la regeneracion social; y si bien la Francia prospera y sus revoluciones sucesivas van siendo menos terribles que la grande, es consecuencia natural del progreso del hombre; pero estará distante de la perfeccion que busca, mientras para conseguirla fie solamente en los talentos de sus hombres sábios y en sus recursos materiales. ¡Dios preserve á la España de seguir el camino que siguió la Francia! Huyamos de todos los impulsos que á aquella la empujaron á tan torcida senda, y para ello no traspasemos nunca los límites marcados por la Gran Sabiduría.

El único voto que el hombre y la muger pronuncian, es aceptado por Dios, y queda pépetuo é indisoluble hasta que el lazo es desatado por la muerte, es el del matrimonio. Cristo dijo «que el marido y la muger serán dos en una carne, y que por tanto lo que Dios juntó, el hombre no lo separe.» Dijo tambien «que el marido no puede separarse de su muger sino es por haber esta cometido adultério, y que aun separados por esta causa, el que de ellos volviese á casarse comete adulterio.» El voto del matrimonio es aceptado por Dios y queda siendo este un lazo indisoluble, sea la que fuere la forma de su celebracion religiosa ó civil, pues nuestro único Maestro el Cristo no distinguió de formas, y lo mismo si los cónyuges pertenecen á distintos cultos, pues el hombre en su alma reconoce á un solo Dios sean las que fueren las formas que en su carnal alucinacion adopte, y Dios recibe la intencion de los cónyuges al hacer el voto de unirse, y prescinde de las formas. Aun siendo de distintos cultos

o hay entorpecimiento para su union por la religion que los hijos hayan de seguir, porque la muger reconoce por cabeza al marido, y los hijos de ambos sexos deben observar la religion del padre, que es el encargado por Dios sobre ellos, mientras su libre alvedrio pueda optar por esta, por la de la madre, ó por otra.

No existe en la tierra poder autorizado para desunir un matrimonio que Dios ha permitido se haya unido, ya sean felices ó no los cónyuges: suponiendo que el poder del hombre cometiese este doble delito, seria todavia doblemente sensible al orden de los pueblos, porque el hombre ignorante abusaria de esas licencias. Cuando Dios permite que un hombre y una muger se junten para hacer la vida íntima del matrimonio, si son simpáticos ó no, las felicidades ó padecimientos que sufren es porque ambos ó cada uno de ellos deben sufrirlos, y si Dios quiere romper el vínculo, lo rompe con la muerte. Al hablar de padecimientos no aludo sino á los domésticos, no á los que implican contravencion á las leyes, que estas deben reprimir ó castigar en todos, sean casados ó no, sin perjuicio de la solidez del matrimonio. En cuanto á la separacion que los Papas han consentido á los Reyes como dignidades, ya sabemos que siempre estas bondades de los Papas han traído sobre los pueblos padecimientos y las mas veces graves: pero ellos habrán sido juzgados por Dios.

De tal manera admite Dios el voto del matrimonio, que hai un mandamiento en el decálogo para que el hombre no se atreva á desear siquiera la muger de su prógimo, y que Cristo dijo estas terminantes palabras. «Todo aquel que pusiere los ojos en una muger para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazon con ella.» Dios no pudo aludir al propósito de hacer faltar á la muger casada á su deber solamente, fue en general su sentido. Se falta al intentar contra la muger casada, porque este medio puede hacer á la muger desgraciada: se falta porque la muger fue adornada por Dios con la pureza y castidad, porque de entre las mugeres debia salir su Madre: se falta con solo faltarla con la mente, porque esto lleva consigo el deseo de hacerla desgraciada: y se falta por fin porque Dios ha dejado las leyes sociales y el bien de las familias al cargo de la virtud de la muger, y

derrocar esta es faltar á Dios: y en resumen no se debe atentar contra la muger, porque es un homicidio como matar á un hombre.

Al libre alvedrio es consiguiente la libertad de emitir pensamientos de palabra y por escrito: el asociarse el hombre para esto y para todas las cosas que le sugiera su voluntad, siempre que en hacerlo no atente al libre alvedrio de los demas. Si en sus palabras, en sus escritos, ó en sus obras injuria ó daña á los demas, las leyes divinas, y las humanas de acuerdo con ellas, impiden este mal é imponen el correctivo, para evitar que el hombre soberbio no contento con el pleno uso de su libertad, abuse de ella tiranizando con irritante licencia la libertad de sus hermanos, tan acreedores como él á poséer la suya intacta é independiente. La libertad de enseñanza es hasta de sentido comun, y en cuanto á las demas conquistas de la revolucion no necesito repetir las bases de moral cristiana en que se apoyan.

El hombre progresa; pero no ve la Grandeza de la Magestad de Dios, porque este es uno de los castigos que Dios ha impuesto á su imperfeccion. Como no la puede ver y quiere penetrar lo impenetrable, en su soberbia se atreve á juzgar á Dios segun su criterio humano: no detiene sus juicios desatinados el ver que Cristo manifestó como hombre señales palpables de su divinidad; y que apesar de su Poder divino, que con solo querer hubiera aniquilado y hecho desaparecer la Tierra del número de los planetas, consintió males, dejó que el libre alvedrio de los hombres malvados le martirizase y diese muerte, porque con esto se propuso producir un bien á la humanidad, que la pequeñez de esta no la permite comprender cual sea, ni los medios, tiempos y modos de irse operando ese bien. Cito este hecho culminante que solo tiene hoy valor para los cristianos, para contener la temeridad de querer residenciar á Dios porque consiente males; el hombre en su pequeñez ve en esto que Dios abandona al acaso y deja obrar á las causas secundarias, porque sino, dice, le créeria injusto. La soberbia humana que juzga así los Altos Designios de Dios, sin reconocer que están muy distantes de su comprension, como todo quiere someterlo á su raciocinio y ve que el hombre ni aun puede atender constantemente al objeto mas cercano, porque en su sueño y con cualquier otro motivo de impe-

dimento, abandona esa atencion; tomando en su cálculo por base sus propios atributos, y elevando en este sentido hasta lo que alcanza infinito los de Dios, ni aun asi puede concebir que este atiende al solo globo terrestre de tal manera y con tal minuciosidad que no tenga que dejar obrar á las causas secundarias, y los sábios de la Tierra, segun los juicios de su soberbia humana, créen delirio el pensar que no se mueva la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios: de modo que el hombre no puede en su comprension reconocer al Omnipotente la Bondad infinita que constantemente opera el bien, porque á su vista existen males, y para descargar á su Creador de esta responsabilidad dice que deja obrar al acaso las causas secundarias.

Dios no teme que pueda oscurecerse su Gloria, porque es lo infinito: permite esto para que sea discutida como será por los hombres, á fin de que sacada en limpio por ellos, sea mas refulgente. A todo el que sea dado á esta especie de investigaciones le daré el consejo de que si quiere no confundirse ni perderse en este difícil camino, no corra con los que corren, sino que se quede con los que ruegan, que los que piden consiguen y los que corren se cansan. Esplicaré el enigma: correr es ese afan inútil de investigar con los miserables é insignificantes medios humanos cosas infinitamente superiores á su comprension; rogar es imitar las maximas de nuestro Gran Maestro el Cristo y ganar cada dia mas en la práctica de la virtud que ellas enseñan. Por este medio se llega al resultado de la investigacion, porque al morir el Salvador se rasgó el velo del Templo, que para eso precisamente murió el Señor, y hoy puede el hombre, si alcanza virtud para ello, alzar el velo y llegar á comprender con mayor evidencia que la de que el Sol nos alumbrá que asi como el hombre por un instante ve ó atiende imperfectamente un objeto á su alcance, Dios en su infinito Poder ve y atiende siempre con una facilidad infinitamente mayor y con infinita perfeccion hasta el átomo mas imperceptible y escondido de los infinitos Mundos y de la creacion entera: infinitamente Justo y Sábio todo lo dirige facilmente con su voluntad divina, y Padre amorosísimo no pierde de vista á una sola de sus criaturas, y á todas las ha hecho, hace y hará un bien incomprendible.

Por la infinita Bondad de Dios no solo nos permite conseguir

eso, sino que pone á nuestro alcance una dicha inconcebible, como lo demuestra la significacion de un pasage del Evangelio, que hasta ahora no ha sido comprendido por la humanidad, porque Dios en sus Altos Designios no ha querido sea antes revelada ni aun á sus hombres escogidos. Cuando Jesus resucitó se dejó ver de las santas mugeres que le buscaban y las mandó que avisasen á sus discípulos. Pues en el aparecimiento de Dios á las mugeres y el mandato de aviso á sus discípulos, nos dice, que Dios se hará ver del hombre cuando este se haya merecido tan Alto favor, como se dejó ver de sus discípulos.

El progreso es inherente á la raza humana, pues Dios lo imprimió en su ser, porque el hombre es su criatura destinada á la vida inmortal, y por eso la diferenció de las bestias, que no progresan, que egercen todos sus instintos siempre de la misma manera, sin variacion de las primeras edades del Mundo á las últimas.

Sin embargo, Dios en el progreso del hombre no puso trabas á su libre alvedrio: los antiguos pueblos hicieron adelantos materiales, aun los intelectuales se relacionaban mas con lo material que con lo moral, y como esto solo es lo que consolida las sociedades humanas, llegó á los pueblos mas poderosos la decadencia, la extenuacion y la muerte: por eso nos presenta la historia que naciones de un poder colosal llegaron á la ilustracion y al refinamiento; y apesar de eso postradas por la fiebre de la inmoralidad, fueron facil presa de pueblos nuevos mucho menos cultos, casi bárbaros algunos, que en su impulso natural de progreso las invadian cual torrente devastador, y derribaban con un soplo la obra edificada en tanto tiempo. En cuanto á las distintas costumbres, ya bárbaras, ya refinadas, de esos pueblos que se han ido sucediendo, todas ellas han sido sábias porque han sido instituidas por los hombres, regidas por Dios á medida de su ilustracion, y como el hombre va progresando porque es el orden universal, el progreso es uno de los móviles que Dios guia, y no puede sino seguir el curso de Mano tan poderosa. Las costumbres y leyes actuales han sido hasta el dia convenientes á la ilustracion presente; pero dia llegará que parecerán erròneas á las generaciones mas avanzadas. Por esto no debemos calificar todo lo pasado: respetémoslo como obra del Gran Maestro nuestro Dios.

En lo moderno hemos visto pueblos que han operado su progreso con mejor ó peor éxito ¡felices aquellos cuya iniciativa parta de la virtud de sus gobernantes! porque cuando la iniciativa se intenta por los pueblos oprimidos y desgraciados; aunque estos logren derrocar el poder existente, nada habrán conseguido sino son guiados por Dios en elegir los hombres que los han de gobernar. El impulso de la regeneracion de un pueblo no puede darse desde abajo hasta arriba, tiene que partir desde arriba hasta abajo: la iniciativa del pueblo espira desde el momento que elige un hombre ó varios que le gobiernen: el acierto es difícil, porque siempre ha habido falsos profetas, y raras veces hai la fortuna de que los pueblos puedan distinguir los verdaderos de los falsos por los frutos que producen, como nos enseñó Cristo; si se eligen falsos como la Francia en su gran revolucion, se prepara el pueblo luchas duraderas y difícilmente logrará el bien que se propuso: si se elige uno verdadero, y aun uno solo es difícil encontrarlo, el pueblo consigue, sea cual fuere la forma de gobierno como sea racional y adecuada al adelanto de los tiempos, pues no está la virtud en la forma sino en la esencia, lo que consiguieron los Estados-Unidos de América con que Dios les deparase un verdadero cristiano. Al impulso moralizador y regenerador que dejó Washington se debe la fabulosa prosperidad de ese país, y esa prosperidad seria mas sólida y no estaria sujeta á embates que pudieran comprometer su existencia, si el grande hombre hubiera tenido la constancia y la abnegacion de sacrificar su felicidad personal por seguir afirmando hasta el fin de su vida los cimientos que con tanto trabajo y heroismo había puesto. El hombre ostenta á veces por orgullo el desprecio de los honores y riquezas; pero en lo general esa es una hipocresía, porque casi todos tienen á ambas cosas mas apego del que consiente Dios, que permite disfrutar los bienes de la Tierra; pero aspirando siempre al único bien que debe considerar verdadero, que es la felicidad de la vida inmortal, y por consiguiente mirando estos con la sola estima que podríamos dar á las delicias de un hospedage en que fuésemos á pasar una sola noche: por eso Cristo nos enseñó la dificultad de entrar un rico en el cielo, y dijo al avaro que si tenia el corazon en su tesoro, no podia tenerlo en Dios, y que no se puede

servir á dos Señores á un tiempo, á Dios y á las riquezas. No se ha comprendido á Washington, y lo que mas se alaba en él como desinterés, es la única culpa que cometió en su magnánima vida: aquel hombre era un verdadero cristiano como he dicho (veo la admiración de los católicos fanatizados hasta la intolerancia) era un verdadero cristiano; en el mando supremo su corazón era humilde como en el infortunio, en la riqueza su corazón era pobre como en la indigencia; aquel hombre pues, fatigado de cuerpo y de espíritu por su laboriosa vida consagrada al bien de su patria, apetecía descansar en la vida privada: pretextos especiosos le alucinaron para conciliar esa felicidad con su deber de caridad, y pensó que este deber exigía su separación del poder. Yo estoy seguro de que el grande hombre en su feliz retiro fué mortificado por la idea de no haber llevado su sacrificio hasta el fin de su vida para completar la misión que Dios le había impuesto, y yo deseo que el pueblo americano no pierda de vista en sus acciones la sombra de Washington, la virtud cristiana que quiso imprimir en él, que es el único cimiento estable de la permanencia y prosperidad de las naciones.

A medida que la 3.<sup>a</sup> era de revelación va acercándose el Mundo se siente conmovido por la impaciencia de su desarrollo moral: los descubrimientos se suceden rápidamente; pero los que puramente son adelantos materiales solo sirven para apresurar las crisis: los errores mismos de los que gobiernan se convierten en feliz cambio del modo de existir de las naciones, que las prepara á recibir el cultivo que la semilla de Cristo va necesitando.

En esta conmoción instintiva, España situada en un confin de Europa, trabajada y olvidada por la incuria de sus Reyes, y sumida en la superstición y el fanatismo, poco poblada y empobrecida con motivo de los vicios por aquellas causas generalizados; pero con habitantes sensatos y enérgicos, sentía una especie de necesidad vital de cambiar su modo de ser, y los españoles sin explicárselo ansiaban una ocasión propicia de regeneración. Los últimos gabinetes de la ex-Reina Isabel, desconociendo el terreno falso que les sustentaba, entre otros desmanes hirieron á la marina de guerra y desterraron Generales y otros hombres políticos: eso produjo la chispa, ella bastó á encender una hoguera que ha abrasado con mágica rapidez el carcomido trono de los

Reyes de España, y alumbrá con sus fulgores un porvenir de regeneración deseada por todos sin darse cuenta de ello. De ese Trono solo quedan cenizas que se perderán en el polvo de la historia.

Los representantes del pueblo español que van á constituir el país, se hallan revestidos de una misión cuya responsabilidad asusta: de ellos depende que esta Nación caiga otra vez en mayor degradación é infelicidad, ó que no solo marche en una prosperidad rápida é inesperada, sino que esta marcha regeneradora sea al frente de todas las naciones para servir las de modelo. Los diputados á las Cortes Constituyentes no deben contristarse por la enorme dificultad de su misión, que va á dejar sus nombres á la posteridad cubiertos de gloria ó de execración. Si ponen en Dios su alma desnudándose de todas las mezquinas pasiones humanas, incompatibles con el ejercicio de un cargo de tanta elevación y trascendencia, Dios les guiará porque premia siempre la recta intención, y harán el bien de la Pátria.

No debemos dudar que afirmarán por medio de leyes las conquistas hechas por la revolución, porque se hallan fundadas sobre libertades inherentes á la naturaleza del hombre, sobre atributos que Dios le concedió al formarle, y que no pueden ser coartados por el hombre sin violencia y tiranía.

En las atribuciones que fijen al jefe del Estado la sabiduría de los legisladores no puede perder de vista que, si bien corresponde á la previsión humana no dejar al poder ejecutivo los medios de hacer el mal, no es menor daño llevar esa previsión tan al extremo que se pongan trabas al génio, convirtiendo al jefe del Estado en un autómatá de puro adorno sin facultades para operar el bien. Este sistema paraliza siempre el progreso y prosperidad de las naciones, porque si el que manda es digno no traspasará la ley; pero tampoco podrá impulsar los adelantos; y si es indigno, por satisfacer sus menguadas pasiones encontrará pronto medios de eludir esa ley, y no se detendrá en su camino hasta traspasar la barrera entronizando para ello el despotismo, que mata todo lo bueno y va atrasando los pueblos y preparándolos á la perturbación y peligro de nuevas revoluciones. El hombre es impotente para precaver todos los males y operar con seguridad el bien: ya he dicho hasta la saciedad que

el único medio de conseguir estas cosas es asentar una firme base de moralidad cristiana.

Los diputados no deben dividirse ni preocuparse por un accesorio tan trivial cual es la denominacion que deba darse al gefe del Estado: desde la diadema imperial, y no digo real porque todo lo que se refiere á la palabra Rey se ha hecho anti-pático en España: desde la diadema antes dicha hasta el gorro frigio, esos son signos exteriores que se presentan para que brillen á la vista del hombre, superficial como el niño, que para respetar al poder juzga sus exterioridades y no su esencia. Tampoco la cuestion de economía segun la denominacion que se adopte debe preocupar ni dividir: no saliendo de los límites de la moderacion, las asignaciones de los gefes de las repúblicas humanas no las empobrecen, lo que las empobrece es la inmoralidad de esos gefes, que con su sed inagotable de oro, no solo sacrifican los pueblos para atender á sus despilfarros y á los de sus cómplices, sino que con su mala administracion estancan los manantiales de la riqueza pública.

El vasto campo de las reformas que requiere esta España, enferma y aniquilada por las causas que todos conocemos, presentará á los diputados cuestiones árduas. Dios les dá el ejemplo para su marcha acertada: la infinita Misericordia de Dios no obstruye su infinita Justicia: los legisladores deben ir remediando abusos y operando el bien, que para eso sirve la sabiduría humana, sin usar la violencia ni la precipitacion que hacen derramar lágrimas, porque las lágrimas que hayan podido evitarse, es el orden universal establecido por Dios que no adelanten, sino atrasen por mil desconocidas vías la felicidad y regeneracion de los pueblos.

El punto que por su vital importancia y tambien por ser menos complejo y estar por lo tanto sugeto al juicio de todos, ha de preocupar mas al Congreso es el de la eleccion de gefe del Estado.

Si se piensa en elegir á un hombre que no inspire confianza general por su pureza ó por su capacidad, que ha de ser grande en quien es llamado á dar el impulso decisivo para el porvenir de España, los signos infalibles serán no poderse avenir los diputados y convertirse el salon del Congreso en un campo de

Agramante, y trascender á todo el pueblo español una alarma parecida á la que siente un rebaño de ovejas cuando descubre al lobo, ó cuando con un peligro á la vista no tiene pastor ni perros que le defiendan.

Si por el contrario se piensa en un hombre á todas luces virtuoso y que infunda la esperanza de que su aptitud guiará con mano sabia los destinos del país, la gran mayoría se avendrá como por encanto apesar de sus distintos matices políticos, y los pocos que disientan apenas se atreverán á presentar protestas sofisticas. Entonces el pueblo hará resonar de un extremo á otro de la Península un grito casi unánime de alegría y entusiasmo, porque el rebaño habrá reconocido al pastor que lo guie y defienda de todos los peligros. Cuando los pueblos obran espontáneamente por su juicio propio, y sin sugeriones pérfidas de cábalas egoistas, la voz de los pueblos es siempre santa y acertada.

Si logramos la fortuna de ser gobernados por un hombre de esa especie, la moralidad y con ella la estabilidad se afirmarán sobre sólidas bases: el Progreso nos hará crecer en poblacion y riqueza á pasos rápidos, serémos felices todos porque el que nos gobierne dará el ejemplo de respeto á la ley, y para hacérnosla cumplir é impedir nuestros extravíos será un hermano que corrige á sus hermanos delincuentes; pero sin saña, con dolor por la dura necesidad de castigar á un hermano en bien de todos, cuidando de que el castigo sea el absolutamente necesario y nada mas. Ese hombre en su moralidad pura, si bien sabrá que todo lo que sucede en el órden universal está destinado que debe suceder por la Gran Magestad, y que nada sucede, que nada llega á suceder que no esté previsto por la Gran Sabiduría, sabrá tambien que el hombre que está llamado á regir un gobierno no debe nunca tocar para él las cuestiones personales; pero si fuera de ellas el orden de las cosas le empuja á tener que usar de rigor, debe hacerlo con energía; pero sin saña, sin deseo de hacerlo, y procurando usar el rigor hermanado con la caridad, porque la caridad es entre todas las cosas la que mas agrada á Dios. Asi el que sea castigado por la fuerza de las leyes, lo será porque deba sufrir aquel castigo, pues de esa linea trazada por el que gobierna no es dado separarse á los agentes del poder.

Si un hombre de las circunstancias dichas es el gefe de la Na-

cion española, saldrá esta del círculo en que la humanidad ha girado hasta ahora, cuyos dos polos son la anarquía y el despotismo de uno ó de varios, y en su nueva órbita descubrirá horizontes desconocidos de civilizacion y ventura. Dispuesta entonces España á recibir á los que de fuera vengan á participar de sus bienes, no por eso será hóstil á las demás naciones sus hermanas, pues la paz es inseparable de la moralidad; pero si el mal en sus últimos esfuerzos por sobreponerse al bien la originase ataques imprudentes, como nuestra causa seria la de Dios que es el Señor de los ejércitos, Dios estaría con nosotros: casi todos los españoles aptos para llevar armas serian soldados, y estos como eminentes católicos tomarian en esta cruzada del genuino catolicismo instituido por Cristo y no falso é hipócrita oscurecido por errores humanos, no las cruces verdes, blancas ni rojas, tomadas en un tiempo con nobles motivos; pero signos despues de orgullo é intolerancia, sino la cruz celeste de la abolicion de la pena de muerte, de la libertad de cultos, y de todas las libertades que son atributos del hombre. Estos soldados no vacilando en la fé como San Pedro, no se sumergirian sobre las aguas y no necesitarían contar sus enemigos, porque contarían por victorias sus combates, y ¡felices los que sucumbieran sosteniendo la moral de Cristo! esos alcanzarian antes la vida inmortal. El pendon de España, donde quiera que debiese ser llevado, seria el Lábaro que esparciese la luz del cristianismo, hundiendo en la nada los densos vapores de la intolerancia egoista y del oscurantismo, y volvería triunfante y adornado con aureola de gloria imperecedera.

El genuino catolicismo instituido por Cristo es un yugo tan suave y racional, que el hombre bueno y sensato es feliz en llevarlo, porque en nada contraría las inclinaciones legítimas ni los goces lícitos: solamente el malvado se violenta con un freno que es exclusivamente para el mal. La soberbia, la avaricia y la hipocresía, por satisfacer sus malos instintos con la dominacion universal, han explotado la ignorancia humana infiltrando en los corazones la supersticion y el fanatismo, que hacen vivir á tantos católicos en la infelicidad de las privaciones inútiles, de los martirios, del susto y sobresalto; y seguido el catolicismo de esa manera errónea, su observancia es en unos intolerante y

falta de la caridad que puede solamente abrir al hombre el camino de la dichosa vida inmortal, y en otros objeto de censura por lo que á su razon se resiste, y de temor por la imposibilidad de cumplirla bien; y esta violencia en aceptar tan duras é irracionales condiciones de observancia religiosa, lleva á muchos, que por su ilustracion tienen mayores elementos para ser buenos católicos, desde la desesperacion de no poder salvarse hasta incurrir en el error de los réprobos. ¡Tremenda responsabilidad es esta para los que imitando á los escribas y fariséos que inmolaron al Cordero de Dios, han vuelto á inmolarlo en la caridad. Esos desgraciados, llamados por el Señor raza de vívoras por su soberbia y sus vicios, lobos carniceros y no pastores, no contentos, como dice Jesus, con perderse ellos, hacen que se pierdan las ovejas confiadas á su cuidado.

El catolicismo no impone la vida ascética: los placeres racionales de la mesa, las comodidades que cada uno pueda proporcionarse, el aseo y aliño de su persona, que el Señor lo predicó á los hipócritas con motivo del ayuno, diciéndoles que se aderezáran y ungiésen sus cabellos, que es lo equivalente á usar pomada, aceite y demás cosméticos; ser alegres y joviales y gustar de los placeres de la sociedad culta como paseos, teatros, bailes, máscaras y demás diversiones, no faltando á la caridad en los actos ni en escándalos de pernicioso ejemplo, pues esta misma culpa puede el hombre cometerla en todas partes, y aun en el templo: todos estos goces son lícitos y nada pecaminosos en sí mismos.

Y no se alucinen sobre este punto por las palabras de Cristo concernientes al desierto y los palacios, pues si bien es una figura sobre pensar en Dios en el desierto, y en el mundo en el palacio, aludió el Señor al vestido del alma y no al del cuerpo, no quiso que el hombre no gustáse de la sociedad, quiso sí que en la sociedad estuviera el cuerpo, y en Dios siempre el alma para que no cayése en las tentaciones del pecado, eso significa estar en el desierto. Nuestro Gran Maestro el Cristo dijo: «que no manchaba al hombre lo que entraba por su boca sino lo que salia de ella» y en efecto de la boca del hombre puede salir la causa de las mayores desgracias para sus prójimos: estas palabras escandalizaron á los fariséos que eran es-

crupulosos en las exterioridades, y no en tener sus corazones envenenados por la maldad; que se tragaban el camello y colaban el mosquito, como el Señor decia. Todos los tiempos son unos, y en todos ellos pueden encontrarse gentes que piensen como los fariseos: á esas gentes las diré que todo lo que se les figure sibaritismo en lo que he dicho de costumbres, es conforme con disfrutar el hombre de todo lo lícito, pues Dios lo crió todo para regalo del hombre, y solamente le previno que no diese á los goces terrenales un valor ficticio, que no le desviase el afan por ellos de su amor á Dios y á sus prógimos, porque el daño á uno de estos por satisfacerlos, ó el no hacerles el bien debido, le haria perder una felicidad en la verdadera vida en comparacion de la cual la de este Mundo es momentánea ó insignificante.

Pero no exige Dios mortificaciones inútiles: por el contrario así como el libertino; aunque su desenfreno no originase perjuicio en daños y escándalos, lo cual agrava enormemente la culpa; por solo la de operar en sí mismo un lento suicidio mata juntamente su cuerpo y su alma, asimismo el supersticioso que á fuerza de mortificaciones inútiles al prógimo en alimentos, sueño, vestido, comodidad necesaria, y martirio de sus carnes, llega á alterar su salud y abreviar su vida, lejos de haber ganado para Dios, ha perdido infringiendo sus preceptos, y necesita implorar de la Clemencia Divina que en gracia de su buena intencion, le perdone su error. Uno no debe nunca procurarse el mal sino el bien: cuando Dios nos manda males, que siempre es porque los merecemos y por nuestro bien, debemos esforzarnos en vencer la debilidad humana para procurar soportarlos con agradecimiento, y resignarnos con esperanza de alivio, para lo cual nos dejó Cristo una enseñanza cuando llevó la cruz acuestas, sus fuerzas se aniquilaron, y fué ayudado por Simon Cirinéo. Con esto nos enseña á llevar los padecimientos que nos atraemos con mas ó menos conocimiento, seguros que no vacilarémos por aniquilados que parezcamos, porque serémos ayudados por Dios á sufrirlos, si ansiamos el bien.

En este lugar corresponde que trate de ciertas enseñanzas del Señor, sabidas muchas de ellas por los hombres ilustrados y sensatos; pero aun esas ignoradas sin duda por muchos cató-

licos, alejados con una ciega superstición del camino que conduce á Dios.

Cristo nos enseñó á pedir el pan nuestro de cada día, y nos demostró evidentemente con sus palabras que en esta parte debemos confiar ciegamente en que la Divina Providencia de todo se cuida; pero muchos católicos han sacado de estas palabras de consuelo tan erróneas consecuencias, que creyendo observarlas bien infringen los principios que Dios creó, y aun faltan á sus mandamientos. El instinto de la propia conservación impone al hombre el trabajo para adquirir por todos los medios honrados que estén á su alcance las ventajas que le proporcionen su bien estar, y atendiendo Dios á que tengamos lo que necesitamos, el pan nuestro como dijo Jesús, premia el trabajo y la adquisición que por medio de este se obtiene; la riqueza bien adquirida y mejor administrada es grata y permite compadecerse y remediar al desvalido; aun los honores mundanos, como sean legítimos y se empleen en el bien, son gratos á Dios como un medio de servirle mejor con la influencia que producen.

Pero muchos entre los católicos sacan de las palabras de Jesús sobre el pan nuestro que es una virtud fiar en la Providencia apelando á la vagancia y la mendicidad: á estos Dios los castiga en este Mundo con los trabajos que pasan, y los castigará en otro por su hurto continuo de los recursos benéficos que debían servir para alivio del verdadero pobre, del que está impedido, ó no encuentra trabajo, ó este no le produce lo necesario para atender al sustento ó enfermedades de su familia. El que pueda dar limosna y la dá con la intención de remediar estos males, se acerca á Dios, porque esto y el perdonar una injuria son las dos cosas que mas nos acercan á El; pero el que hace limosna debe esforzarse en que, si es posible, el secreto de ella quede entre él y el favorecido, y alejar toda mira de ostentación: si ostenta su beneficencia, como Cristo dice, ya se ha galardonado á sí propio y Dios no tiene de que galardonarle, pues según la enseñanza del Señor el bienhechor debe ocultar el beneficio, y el que lo recibe debe divulgarlo contra la intención de aquel.

He llegado á tocar uno de los puntos acia los que debo llamar con fuerte voz la atención de los legisladores de mi país, y la del

jefe que sea elegido para gobernarnos y regir nuestros destinos. Todo lo que concierne á la caridad es del primer interes para el bien y progreso de las naciones, porque ya he dicho que estas no pueden prosperar ni consolidarse si todas sus instituciones no están basadas sobre los principios mas puros de moralidad cristiana; pero la institucion benéfica de reparticion de limosnas bien distribuidas, del cuidado paternal y previsor del gobierno para con el desvalido, es uno de los medios que entran á los pueblos mas de prisa en la moralidad y la buena administracion; y cuando los gobiernos descuidan un punto tan esencial, sea por ignorancia ó abandono de los depositarios del poder, sea por su egoismo y corrupcion, no queda impune este delito contra la caridad, las costumbres de una nacion van viciándose gradualmente, esa lepra va apoderándose del cuerpo social entero, los crímenes estando en las costumbres se suceden y multiplican sin que las leyes puedan reprimirlos, el cínico y desorganizador positivismo con todas sus criminales consecuencias que queman la virtud en flor y entronizan los vicios mas abyectos, se vá infiltrando insensiblemente, por mil medios imposibles de explicar, en todas las clases, y llega á dividirse el pais entre opresores y oprimidos en vez de ser todos hermanos.

Una de las mayores dificultades con que tropezarán los legisladores y el jefe del Estado, es la desconfianza general é invencible por el momento que existe de que cuantos sacrificios hagan los particulares para el alivio de la desgracia, no sirven para aliviarla, van aumentando los caudales de los encargados de socorrerla. Ya veo que crear la pureza en la administracion, el prestigio y garantías que dén la confianza en todos los ramos de ella, y sobre la cuestion que nos ocupa el discernir los muchos detalles conducentes á socorrer los desvalidos de una manera que al ampararlos se les haga entrar en el camino de virtud y progreso, son cosas que requieren sabiduría y celo muy cristiano; pero todo eso espero de nuestros legisladores, y especialmente del gefe de la Nacion que elijan, porque dirigir la ejecución de ciertas leyes de una manera perfecta es empresa mas árdua que formarlas, esto no es mas que delinear, aquello es edificar, y esta parte de reedificacion de la España, que es hoy un edificio arruinado, no será de las tareas me-

nos importantes para el que sea llamado á regenerarnos.

En esto del trabajo debemos tener presente que hai una clase, á la cual la está vedado adquirir por medio del trabajo mundano, porque se consagra exclusivamente al trabajo espiritual de auxiliarnos con su direccion para observar la moral de Cristo: las necesidades de estos no pudiendo ser provistas por ellos mismos, debemos provéerlas los demas católicos sin mezquindad alguna de la verdadera caridad, pues muchos de ellos tienen familias que sustentar, y son contados los que para ello hayan heredado bienes patrimoniales.

Hai muchos dignos Ministros del altar que extraños á la supersticion y fanatismo y persuadidos de que en nada la soberbia puede ligarse con la humildad, cumplen con lo que Jesus mandó á los apóstoles de no poséer oro ni plata ni dinero en sus fajas, es decir que no atesoran con los productos del culto; son los trabajadores dignos de su alimento á que aludia el Señor: no dárselo á uno solo de ellos sería faltar á los preceptos cristianos. Los católicos debemos premiarles con veneracion, amor y auxilios materiales, y para cumplir en esto con la conciencia no hai otro camino que el de que proveamos á la subsistencia de todo el clero español en justa proporcion de nuestros recursos, y de las necesidades de los que lo componen calculadas prudentemente.

Ellos serán amigos de la revolucion española eminentemente católica, y no tan solo nos traería desgracia el abandonarlos, sino que es de justicia asegurar su bienestar en el tiempo de genuino catolicismo que inauguramos. Tan dignos sacerdotes saben que todos los hombres son sus hermanos, sea el que fuere su culto, y como son de los que el Redentor decia que hacen y enseñan, y por ello serán llamados grandes en el reino de los cielos, sus palabras y virtudes atraerán naturalmente á la verdad católica á muchos de otros cultos. Y si por desgracia hubiere algunos individuos del clero español, cuya ceguedad les obstine en imitar á los fariseos, procurémos volverlos al camino de salvacion con la leccion de caridad de provéer á su sustento, y si esto no les impidiera cometer actos condenados por las leyes generales, estas los reprimirían y castigarían, pues la caridad no estorba la magestuosa marcha de la justicia, se limita á dulcificar sus rigores.

Esta es la marcha firme que España debe seguir en tan delicada y vital cuestion.

Los que se denominan impropriamente católicos se valen á veces de terrores supersticiosos para impresionar las imagina-ciones enfermas con amenazas que las obliguen á observar idolatrías tan paganas como las gentílicas. Uno de sus fantas-mas aterradores es el del fin del Mundo, que pintan como un cataclismo próximo á suceder para castigo de los que por el progreso humano, que ahora se opera rápidamente, van descu-briendo errores como el del purgatorio, donde las almas arde-rán largo tiempo por pequeñas faltas, si hombres constituidos en Dioses no las van abreviando por medio de indulgencias el padecimiento. Aparte de la invencion pueril de esa especie de purgatorio, es deber de caridad rogar por las almas que sufren y por todas las no perfectas, por lo que la conmemoracion de los difuntos es un acto solemne, justo y debido.

Para desterrar tambien de la imaginacion de esos pobres alu-cinados el fantasma del fin del Mundo debo decir algunas pa-labras. Los Santos se confundieron y no les fué posible discer-nir distintamente en todas las parábolas de Jesus las que alu-dian á la destruccion de Jerusalem y las que se referian al fin de este mundo, porque Dios queria que el hombre de aquellos tiempos mas atrasados, fuese contenido en sus malos instintos por el temor del fin del Mundo, que podia llegar cuando me-nos fuese esperado. Hoy que el hombre civilizado ya compren-de que cuando cada uno muere llega para él su fin corporal, y que segun sus obras será su alma premiada ó castigada, me es permitido esplicar claramente esas parábolas del Señor.

Poncio-Pilato no condenó á Dios, fué un instrumento ciego: Dios murió como hombre por derramar su sangre sobre aquella muchedumbre que pedia cayése esa sangre sobre ellos y sobre sus hijos: pedian sin saberlo lo que sucedió, que el Señor der-ramó su sangre, es decir su Gracia sobre ellos y sobre todo el género humano; que todo él, todo sin exceptuar un solo hom-bre, como será juzgado segun sus obras, puede ampararse de esa Gracia divina, derramada sobre todos igualmente, para ha-cerse digno de acercarse á Dios.

En la infinita Justicia del Todo-poderoso no cabia dejar impu-

ne el crimen de haber inmolado al Hijo del hombre, y si bien en lo espiritual derramó su Gracia sobre el pueblo hebréo y sobre todos por su infinita Misericordia, en lo terrenal los impuso un castigo proporcionado á la culpa: las parábolas del Señor amenazadoras y espantosas aludian á la destruccion de Jerusalem, la mas horrible que los tiempos han visto, de cuyas resultas anda ese pueblo desde entonces errante por naciones extrañas, y ha sufrido grandes espiaciones. San Agustin fué el que mas pudo acercarse en la antigüedad á comprender esto.

Las parábolas del fin del Mundo no son ni pueden ser aterradoras, son solamente imponentes por la grandeza del acontecimiento, y hasta ahora han sido incomprensibles. Moisés principió á instituir al hombre y consolidarlo con Dios, esa fué la primera era del Mundo en cuanto á revelacion. Los profetas labraron el camino para la segunda era, y al llegar esta vino Jesus á abrir al hombre la puerta de la bienaventuranza. Despues en la tercera era vendrá el que lo hará entrar.

Esto todavia está distante, porque de la segunda era ó sea de la venida de Cristo á esparcir la semilla van siglos, y han de pasar mas hasta la tercera en que el fruto sea maduro; pero antes sus encargados tienen que cultivarlo. Dios vendrá á recogerlo cuando esté sazonado. La segunda venida del Señor no será oscura como la primera, sino en resplandeciente Gloria, que de Oriente á Occidente todos, todos la verán como un relámpago. Entonces será el fin de este Mundo, que fué formado para castigo de la soberbia; pero su fin será dichoso, porque los hombres imperfectos habrán sido ya eliminados por Dios antes de ese momento: los judíos como todos serán convertidos porque la generacion presente es la misma que pobló este planeta, y no será estinguida hasta que sea perfecta. Cuando este Mundo sea derrocado el hombre lo será impasible, porque las generaciones irán siendo mejores á medida que se vayan moralizando, y esta transicion la verá el hombre sin apercibirla, hasta que impensadamente se encuentre en la verdadera vida tan feliz como queda en séres perfectos.

Este Mundo será entonces derrocado, porque los gérmenes que lo sustentan pasarán á otros Mundos mas felices: la Tierra que

fué creada por Dios para sustentar al hombre, será vuelta á los gérmenes de donde ha salido.

Jesus dijo «No hay profeta sin honra sino en su pátria y en su casa, y no quiso hacer en su pátria muchos milagros á causa de la incredulidad. Si esto le sucedió á Jesus siendo Dios ¿cómo podré ser esuchado yo hombre débil é imperfecto? Los que me conozcan contarán á los que no me conozcan todas mis faltas y miserias, y les dirán ¡y créereis todavia á ese hombre! Una moral de origen divino, trasmitida por mi indigno conducto, correría sin la especial direccion de Dios el peligro de ser desconocida; pero sobre esto sucederá lo que Dios disponga en sus Altos Designios. Yo debo hablar algo de mi, y presentarme á mi mismo tal como soy, para evitar á otros este trabajo: esa confesion pública de mis errores desvirtuará el veneno de la murmuracion, y lo pongo por apéndice á este escrito.

Termino repitiendo las palabras que algunas veces dijo el Salvador en el sencill'o language acomodado á la comprension de todos en aquellos tiempos «El que tiene orejas para oir, oiga.»

Murcia 15 de Marzo de 1869.

Andrés de Sol-aun.

## APÉNDICE.

Soí madrileño: á la edad de 7 años entré en el seminario de Vergara, á la de 10 salí de él y fui á Madrid: entonces mi tio materno el ex-Guardia de corps Martinez del Campo Mugica, que fué uno de los héroes constitucionales del dia 7 de Julio de 1822, me entregó á un profesor que me honraba en mi corta edad admitiéndome por colaborador de unos discursos mui rabiosos, y una vez aprendidos de memoria me llevaba á pronunciarlos en la tribuna de la sociedad patriótica: aquel pueblo español bueno y sencillo me bajaba de la tribuna y de brazos en brazos me iba llevando hasta delante de la mesa presidencial

ocupada por Romero Alpuente y Palaréa, el primero de los dos me abrazaba y decía con su voz parecida al ruido del trueno, que andando el tiempo llegaría yo á ser un gran ciudadano, pronóstico equivocado de aquel hombre eminente porque he pasado mi vida siéndolo mui pequeño, y ya es un poco tarde para dejarle bien.

A la edad de 17 años fui destinado al ramo de Hacienda de la Isla de Puerto Rico por el gobierno del Rey Fernando, y á la de 36, el año 1847, ya en la mayoría de Isabel, mayoría funesta para mi suerte, quedé cesante de mi último empleo de Ministro de aquel tribunal de cuentas. Debo citar un hecho de aquella fecha en prueba de mi ignorancia sobre el modo de existir de la sociedad española de entonces: por las ideas del tiempo en que yo fui á Puerto-Rico estaba persuadido de que era imposible quedar un empleado de Ultramar cesante sin haber cometido delito, y como mi confianza con el Superintendente era completa por ser yo su segundo en el mando, en que le reemplazaba muchas veces, y por haber sido juntos algunos años Ministros del tribunal, me enojé con él creyendo que era una broma de mal género, que habia forjado para divertirse, la comunicacion que con tantos miramientos me leia comprensiva del decreto de mi cesantía, y tuvo que invertir bastante tiempo y muchas protestas para que me penetrase de la realidad. No es extraño que en una seguridad tan feliz, apesar de que me habia casado jóven y desde que me casé mi conducta ha sido siempre exenta de vicios, no me cuidase de los azares del porvenir y gastase francamente cuanto iba teniendo, hasta el punto de encontrarme cesante sin dinero, y tener que pedir prestado á buenos amigos lo necesario para trasladarme á Madrid con mi numerosa familia.

Una vez en Madrid, como mi candidez daba valor á la cláusula del decreto de cesantía de que mis servicios serian utilizados para otra colocacion, y no me bastaba el sueldo de cesante para el sosten de tantos, emprendí la afanosa vida de pretendiente: engaños y desengaños me ha producido solamente ese afán, y la prueba de ello es que llevo ya casi 22 años de inactividad ó muerte civil: á no ser algunas pequeñas herencias que me han ido tocando, no sé que habria sido de mí. Cansado de rogar y protestar adhesion en vano, á veces con ardidés inocentes de que yo mismo me rio, á Ministros y á los que no lo eran, viendo que la ex-Reina prodigaba sus gracias á muchos que yo creía en mi amor propio menos dignos, menos aptos, y menos necesitados que yo, dirigí mis baterías á Palacio lleno de esperanza: inútil fué mi empeño, inútil tambien que prodigase un incienso infundado é inmerecido á Isabel de Borbon al final de mi Proyecto de reforma de reglas parlamentarias, y mis artículos sobre Pena de muerte y Abolicion de esclavitud, obras que hace seis ó siete años escribí con la intencion mas pura del bien de mi país; pero las dos primeras salpicadas de errores que hoy abjuro solemnemente: no asi la tercera basada en sólidos principios y en práctica experimentada. Reconozco la justicia de la

abolición y consejo que se vaya gradualmente preparando; pero me opongo á que de repente y sin preparacion se dé á negros esclavos salvages la libertad de hombres civilizados, eso sería peor que soltar malhechores insignes con todos los privilegios de hombres honrados sin haber corregido su ferocidad, sería decretar la destruccion de los blancos como hizo la Convencion francesa, cuando en un arranque de filantropía guillotidora decretó la repentina libertad de los negros esclavos de Haity.

Dios castigó la mentira de mi lisonja haciendo que esta no lograse atraerme la simpatía del objeto de ella, y despechado por fin de no encontrar en la ex-Reina mas que palabras de buena crianza, y desesperanzado de mover á piedad su corazon, formé hace algunos años la resolucion, que he cumplido con constancia, de no volver á pisar aquel alcázar mientras fuese habitado por los mismos moradores. En 22 años de desgracia ha quedado pura mi honradez y la de toda mi familia, y á los Catones que hallen reprehensibles mis procederes, los pondria yo otro tanto tiempo de martirio con una esposa y doce hijos que se han reducido á ocho, y en la práctica verian si su conducta era mas intachable que la mia.

Toda mi vida la pasion por el estudio ha sido febril y predominante: aun en el tiempo de mi actividad buscaba horas para entregarme á esa delicia: no excusé la molestia de aprender idiomas extranjeros para beber en las fuentes originales y no en traducciones imperfectas: no me llamaba mi predisposicion á los estudios de progreso puramente material, me afané por algunos ramos que constituyen la ciencia del gobierno de las naciones, hasta el punto de imponerme la enorme tarea de ir analizando en algunas obras máxima por máxima, é ir formando juicio del valor en aplicacion de cada una de ellas.

Hace algunos dias en esta ciudad de Murcia, donde vine desde Madrid á pasar el invierno, se me ocurrió comprar el Nuevo testamento en compendio anotado por D. Felipe Scío, estudio de nuevo género para mí, y empecé á léer el primer Evangelio segun San Mateo: no explicaré la trasformacion que su lectura fue operando en mi alma, esto es ageno del objeto de mi apéndice: solo diré que cayó mágicamente como inútil toda la poca ciencia humana adquirida durante mi vida con tanto afan, y me sentí impulsado á escribir mi anterior relato para moralizacion de España y del Mundo.



